



DIÁLOGO SÉPTIMO.

DE LOS ONCE ENEMIGOS QUE DIFICULTAN LA ENTRADA EN
EL REINO DE DIOS.

§ I.

MAESTRO. Todo lo que quieres puedes
conmigo, hijo Deseoso, aunque sea á mi
costa.
DISCÍPULO. Bien sé que te cuesta mucho
el enseñarme; pero de Dios recibirás el pre-
mio. Se le concede á quien da un vaso de
agua por su amor; y tantos trabajos y vigi-
lias como vos pasáis por su servicio y en prove-
cho de su Iglesia ¿habrían de quedar sin re-
compensa? No lo esperéis.
MAESTRO. El premio que yo querría es que



DIÁLOGO SÉPTIMO.

DE LOS ONCE ENEMIGOS QUE DIFICULTAN LA ENTRADA EN
EL REINO DE DIOS.

§ I.

MAESTRO. Todo lo que quieres puedes
conmigo, hijo Deseoso, aunque sea á mi
costa.

DISCÍPULO. Bien sé que te cuesta mucho
el enseñarme; pero de Dios recibirás el pre-
mio. Se le concede á quien da un vaso de
agua por su amor; y tantos trabajos y vigi-
lias como vos pasáis por su servicio y en prove-
cho de su Iglesia ¿habrían de quedar sin re-
compensa? No lo esperéis.

MAESTRO. El premio que yo querría es que

le agradase á Dios lo que en su nombre hago y escribo.

DISCÍPULO. Esa es una de las condiciones de buen soldado en la milicia espiritual, según el parecer del Apóstol San Pablo, en la segunda Carta que envió á su discípulo Timoteo.

MAESTRO. Mucha razón tienes, y no me huelgo poco de oírte alegar ese texto; mas no se te pase por alto lo que allí dijo ese gran maestro y doctor de las gentes, conviene á saber: que el siervo de Dios no se ha de entremeter ni enredar en negocios del mundo, ni se ha de sujetar al gusto del hombre animal; porque toda su ansia y deseo ha de ser agradar á Dios, y solamente á Dios, á cuyo servicio ya una vez se dedicó y ofreció por completo.

DISCÍPULO. Dificultosísima debe ser la mortificación de los sentidos, y de ese hombre animal ó sensual que dices.

MAESTRO. Ese es el segundo jayán ó enemigo que dificulta y obstruye la entrada al Reino de Dios: es el que nos quita la facilidad de aspirar á él y nos priva de la devoción interior, y de aquel gusto suave y delicado que en los ejercicios espirituales suele hallar y gozar el alma. Y sentencia es del mismo Apóstol y parecer de los Santos, y verdad

conocida y experimentada de todos los contemplativos, que el hombre animal no percibe, ni entiende, ni le seducen las cosas que son del espíritu de Dios, ni la sabiduría suya (como dice Job) se halla en la tierra á donde sensualmente y con deleite se vive, ni se da la consolación divina á los que admiten la ajena, conviene á saber, de la carne. Por lo cual debes procurar cuidadosamente que tu corazón no se apasione por alguna cosa fuera de Dios; que el afecto se halle y persevere siempre libre para sólo ÉL, por cuyo amor y voluntad has de comer cuando comieres y ayunar cuando ayunares, y velar cuando velases, y hacer ó dejar de hacer todas las cosas. Que no niega el misericordioso Señor el moderado cuidado de nuestros cuerpos, como el principal sea agradarle. Finalmente, y por conclusión, te digo que es necesaria la muerte de lo sensual en el hombre para que se salve todo el hombre.

§ II.

DISCÍPULO. Algunas personas he visto durante los pocos años que llevo de religioso (porque en mi mocedad sólo pensaba en perderme), aficionadas á comer y beber con re-

galo, á un rato de conversación entretenida cada día, á un dicho gracioso y que cause risa, á oír noticias de viajes, de asuntos de familias ó de amistades íntimas, y otras cosas que aquí dejas condenadas, al mismo tiempo que hacían gala de muy devotas y muy espirituales.

MAESTRO. Esa devoción y esa santidad es fingida y engañosa; es un afecto natural y sensual, que se parece mucho á la verdadera devoción y amor divino, estando en realidad muy lejos de ser lo uno ni lo otro. Hallarás hombres y mujeres de genio alegre y amoroso, los cuales facilísimamente se impresionan en el amor y deseo de cualquier cosa, á que se convierten y aplican. Y aunque algunas veces el Espíritu Santo consolador, por su bondad comunica á los tales la gracia de la devoción sensible, lágrimas y afecto espirituales, como no saben usar ordenadamente y según conviene de estas dotes, ni quieren aniquilarse á sí mismos, ni á sus bestiales ó sensuales apetitos, cada día son peores. ¿Y no se deduce claramente del Evangelio, que el principio del aprovechamiento de la vida espiritual, y el primer escalón de éste es la mortificación de los sentidos y de la propia voluntad? Si la sensualidad no perece, todo cuanto bueno hay en el hombre perece: la

penitencia, los ayunos, las vigiliass, la oración y las demas obras virtuosas.

DISCÍPULO. Bien me dijiste al principio, que mi pretensión era grande, y grandes las dificultades que había que vencer para salir con ella; mas nunca acabé de persuadirme de que fuesen tantas, hasta este punto que te oigo decir que tengo de dejar todo lo que deleita la carne, y todo aquello por que los sentidos del hombre animal se apasionan.

MAESTRO. Lo dificultoso de la vida espiritual no consiste tanto en obrar cosas admirables, cuanto en dejar las muy pequeñas. Pequeñas eran las que dejó San Pedro y los demas Apóstoles, cuando, llamados por Cristo, le siguieron; y contado, dice el discípulo al Maestro, en nombre de los demas, que advierta y mire, que dejaron por Él todas las cosas; significando en esto, que cuesta mucho el dejar, aunque lo que se deja sea poco: unas redes remendadas y un barco viejo. ¿Pues cuánto más lo será dejarse el hombre á sí mismo, sus gustos, sus delitos y codicias?

§ III.

Finalmente, el punto crudo de la perfección, lo que lastima y duele en este viaje del Cielo, está en dejar, y dejar por Dios.

DISCÍPULO. ¿Y por ventura en ese doble dejar consiste todo el mérito de los que dejan?

MAESTRO. Claro está; porque dejar de otra manera, Sócrates lo hizo y otros filósofos, que con fines vanos dejaban las riquezas, la conversación y trato con los hombres, despreciaban el aparato y pompa del mundo, huían á la soledad y hacían rigurosas abstinencias. Y los que tocados de vanidad y prendados del amor propio hacen y dejan muchas cosas, ¿por ventura no son menospreciados de Dios? El mismo dice de ellos: Recibieron su galardón.

DISCÍPULO. ¿Cómo pudiera conocer, sin engaño, que me busco á mí más que á Dios en lo que hago ó dejo de hacer?

MAESTRO. No sin mucha dificultad, verdaderamente, porque el amor filial y el amor servil, de donde nuestro obrar todo procede, son entre sí tan semejantes y parecidos, como lo es un cabello á otro; y si no es por la intención, no hay entender cuándo obramos como hijos y cuándo como siervos. Y porque de esta materia trataremos presto en su propio lugar, apercíbete varonilmente contra este gigante, y presta atención á lo que te quiero decir del tercero, que no es ménos poderoso ni dificultoso de vencer que él; y bástete para que esto se entienda el nombre.

DISCÍPULO. ¿Cómo se llama?

MAESTRO. Bien-me-quiero.

DISCÍPULO. ¿Luego impide la entrada al Reino de Dios el quererse bien el hombre á sí mismo?

MAESTRO. ¿No está clamando el Evangelio que ninguno puede ser discípulo del Crucificado sino aborreciéndose á sí y á todo lo que el hombre animal ó bestial ama y quiere? Entiende que Bien-me-quiero es un amigo fingido y enemigo disimulado de nuestro bien, porque bajo pretexto de amistad y de bien querer nos acarrea todo mal y nuestra final condenación. Es aquel *yo* material á que se hallaba muerto el Apóstol por vivir en sí Cristo. Es aquella ley de miembros, que contradice á la ley del espíritu, y nos lleva cautivos á la ley del pecado. Es aquel afecto de carne, que San Pablo llamó sabiduría, que ni está sujeto á la ley de Dios, ni puede estarlo. Es un mónstruo de dos caras, que parece que obra por Dios, y obra por sí mismo. No te impedirá el hacer penitencia, el evitar los pecados, el huir y menospreciar los deleites, las vigiliass largas y prolijas de la noche, los ayunos rigurosos, la estrecha guarda de tu profesión y regla. Mas si examinas esas obras con diligencia, hallarás en ellas á Bien-me-quiero, el cual obra siempre por sí mismo,

por evitar alguna confusión, algún daño, alguna deshonra ó pérdida temporal, algún remordimiento de conciencia, los tormentos del infierno ó purgatorio, ó por adquirir hacienda, favores ó amistades de hombre, honras y aire popular, ó por alguna espiritual devoción y dulzura sensible; y lo que es más de consideración, por alcanzar de Dios el premio del Reino celestial. De manera, que á la sombra y olor de la virtud, tratan de sus particulares intereses los que sujetaron su cuello á este tan disforme gigante, haciendo principalmente por su interés lo que en primer lugar hubieran de hacer por Dios. En los cuales puede más un favor que un príncipe, ó el crédito del mundo, para componerse y humillarse, que las meditaciones de la gloria, ni el discurso de la pasión y muerte de Cristo. Y vése claro ser esto así, porque si supiesen estos tales que ningún premio habían de tener de Dios, ni temporal ni eterno, por lo que hacen, yo salgo por fiador de que no se moverían á hacerlo con tanta perfección, según el parecer de los que los miran. Y aquí viene agradecer sus obras, y agradarse á sí mismo en ellas, descansar en sí, y estar de sí muy satisfechos, gloriándose más en sus merecimientos que en la libertad de hijos de Dios; fuera del cual, ninguno debe gloriarse ni to-

mar contentamiento. ¡Oh cuán sucia y de mal olor es esta intención en el acatamiento de Dios! pues que obras tan maravillosas así las vicia y disminuye, que son tenidas por de ningún valor.

§ IV.

DISCÍPULO. ¿De dónde ó por qué reciben tanto daño?

MAESTRO. Porque buscándose á sí más que á Dios, más su gusto é interés propio que la gloria del Criador, recibieron aquí, como viste, su galardón. Mas porque, como dice Crisóstomo, la intención pone nombre á nuestras obras y es la que diferencia los hijos de Dios de los que lo parecen y no lo son, y el quicio de toda nuestra salud se vuelve y revuelve sobre ella, cuando es casta y pura, lo que principalmente conviene y es necesario para la vida espiritual, es que en todas las cosas que hubiéremos de hacer ó dejar de hacer, aborrecer ó apetecer, sufrir ó desear, la intención y los ojos del alma tengan por blanco principal á sólo Dios, y ninguna otra cosa deseen y busquen en todo, sino su honra y altísimo beneplácito, sin respeto principal á nuestro bien particular. Tres maneras de intención han hallado los Santos: una per-

fecta, otra más perfecta, otra perfectísima. A la primera llaman recta ó derecha; á la segunda simple ó sencilla; á la tercera deiforme. La intención recta es, cuando yo obro algún bien, ó dejo algún mal, principalmente por Dios. Esta, aunque es buena, no es suficiente para la perfección, porque le falta ser simple. Es de la vida activa, que consiste en multiplicidad, que se distrae y se turba, aunque el fin de todas sus obras sea Dios. La intención simple hermosea mucho el alma, porque sin medió alguno se llega á Dios por ella; y es propio de la vida contemplativa, porque no solamente tiene por fin de sus obras agradar, honrar y confesar á Dios, sino que las ordena á Él de manera, que le goce siempre presencialmente con todas sus fuerzas, en un amoroso y actual amor. Dícese simple, porque á la rectitud con que obra añade simplicidad y evita toda multiplicidad. Ella es una cierta inclinación amorosa de nuestro interior espíritu en Dios, alumbrada con su divino conocimiento, adornada de fe, esperanza y caridad, y es el intrínseco fundamento de la vida espiritual; y digo fundamento, porque por ella se sube á la tercera intención, que dijimos ser perfectísima, la cual busca solamente la honra y gloria de Dios, y su divino benéplácito, así en las cosas adversas como en las

prósperas. Y bienaventurado el que tanto bien alcanzó, porque, como dice San Bernardo, el que así está aficionado á Dios y de esta manera dispone sus obras, se hace una cosa con Dios, y con Dios goza de Dios.

DISCÍPULO. No he comprendido la diferencia que estableces entre la intención simple y la deiforme; si puedes dar algún ejemplo, haríame mucho al caso, porque éstos vuelven fáciles las cosas tan dificultosas como ésta.

§ V.

MAESTRO. Aunque el fin de la simple intención sea Dios en todas las cosas, y demas de esto vaya cuanto es posible encaminada inmediatamente á sólo Él y por Él, no es el total fin de ella el mismo Dios; porque también se mira aquí el hombre á sí mismo, delectando y procurando su consuelo espiritual de muchas maneras, aunque sea Dios lo principal á que atiende. Y sin duda son muy pocos los que se hallan tan dispuestos y voluntarios para el desamparo, esto es, para carecer de la suavidad y gusto interior, como por la afluencia y abundancia de los regalos del espíritu. Y es la razón, porque aún no están del todo muertos á sí mismos, para sufrir adversidades y calamidades, interiores ó exte-

riores, hasta subir á otro más alto grado de intención. Esta es la deífica ó deiforme, que enseña á obrar por amor del fin eterno, á donde nada se halla de voluntad propia, ni mezcla de interés ó gusto particular. Esta manera de intención comiézase en la vida presente, mas en el cielo se perfecciona; porque allí los bienaventurados así son absorbidos y tragados de Dios, ó transformados en su querer, que aunque en ellos quedará la sustancia, será empero otra forma, otra gloria y otra potencia. Cumplirse há lo que dijo el Apóstol: «Allí será Dios todas las cosas en todos».

DISCÍPULO. No entiendo ese lugar de San Pablo.

MAESTRO. Bien dificultoso es, y no da lugar la materia que vamos tratando para deternernos de propósito en él. San Agustín, *De civitate Dei*, dice: «Que será Dios á sus escogidos, cuando hayan resucitado en cuerpos y almas, todas las cosas; porque será premio de la virtud el que dió caudal para obrar virtud, y será de donde tendrán toda satisfacción y hartura los que por Él padecieron hambre; será, finalmente, vida, salud, fortaleza, abundancia, honra, gloria, paz y fin de todos los justos deseos, y será todos los bienes en todo». De manera, que no habrá necesidad de men-

digar ningún bien de otra parte para ser perfectamente bienaventurados los Santos que reinan con Cristo, ni cuanto á los cuerpos, ni cuanto á las almas. San Juan Crisóstomo interpreta este lugar de otra manera, y San Jerónimo de otra, y los más de los Doctores varían; mas yo me atengo al primer sentido, que es, sin ninguna duda, admirable para nuestro propósito, y pertenece al autor de la *Teología mística*; y por si tú no lo entiendes, yo me detendré más en su exposición.

§ VI.

DISCÍPULO. Díme siquiera una palabra.

MAESTRO. Digo que en el cielo no ha de haber más que un querer en todos, y ese querer es el de Dios; y ese pedimos en la oración del *Pater noster*, cuando decimos que se haga la voluntad suya en la tierra como se hace en el cielo. Será tan perfecta la transformación que se haga de los bienaventurados en Dios, que más parecerán dioses que hombres: serán como el hierro caldeado en la fragua, que, como en otra parte dijimos, se viste todo de cantidades de fuego, siendo realmente hierro en la sustancia. Desfallece allí todo el hombre, y no se siente en él otra cosa sino Dios.

¿Pudiérase por ventura verificar lo que dice el Apóstol: Será Dios en todos todas las cosas, si hubiese alguna en los Santos que contradijese al querer y voluntad de Dios?

DISCÍPULO. No, por cierto.

MAESTRO. Pues eso vamos buscando cuando tratamos de alcanzar en la tierra la tercera manera de intención, que se llama deiforme, que estando en la composición de la palabra latina, quiere decir intención regulada y formada al querer de Dios; que quiere lo que Dios quiere, como y cuando lo quiere. Y esto es lo que enseña el muy docto y pío Padre fray Alfonso de Madrid, de nuestra Orden, que escribió el *Arte de servir á Dios*, en el segundo y sexto notables, que es lo mejor que contiene toda su obra. Pero ¿qué hacemos? El cuarto gigante, tan parecido al anterior que se confunde con él, se nos entra por las puertas del corazón, y es necesario tocar al arma y armarnos de fe y caridad para combatir al que impide nuestra entrada en el Reino de Dios.

DISCÍPULO. ¿Qué nombre tiene ese gigante?

MAESTRO. Amor propio. Es una complacencia que tiene el hombre consigo mismo, una secreta elevación del alma, un engreimiento del corazón, que principalmente nace de las buenas obras y ejercicios espirituales,

como la polilla del paño y la carcoma del madero. Hallarás hombres tan vanos, tocados de esta peste, que encumbrando y levantando sus cosas hasta el cielo, de allí són malos, de donde otros toman ocasión para ser santos; haciendo ponzoña y veneno de los remedios y medicinas más contrarios suyos. Es esta una fingida justicia, que huele tan mal en el acatamiento de Dios, que no hay cloaca ni estercolero tan sucio y de tan mal olor como ella; porque bien considerado, procede de ánimo falto de mortificación, y de pecho hinchado y soberbio, como lo era aquel del vanísimo fariseo, que anteponiéndose á todos, á si sólo se justificaba, mientras que al publicano, con lo restante del mundo, condenaba en su oración.

DISCÍPULO. ¿Luego no hay cosa que tanto nos dañe como la arrogancia y vana presunción?

MAESTRO. Ninguna. Por lo cual te digo, que todos aquellos que no permanecieren en el humilde conocimiento de su vileza y en el menosprecio de sí mismos, sin duda serán desamparados de Dios, y sin remedio alguno dejados en su obstinada voluntad. Y con esto me despido de tratar más del amor propio, suplicando á Dios le despida de mi alma, pues no se compadece con el suyo, como no se

compadeció con el arca del testamento el ídolo Dagor.

§ VII.

Y si quisieres tener perfecta noticia de los daños que causa en el alma esta bestia feroz, y de cómo es raíz de todos los males y pecados, lee los capítulos xx, xxi y xxii de nuestro *Triunfos del amor*, en donde traté magistralmente y de propósito acerca de esto. Y estoy por decir aquí, que los enemigos que quedan por examinar en esta conquista, son hijos legítimos de éste, y que todos caerían á nuestros piés, si á éste se le quebrantase la cabeza con el odio santo.

DISCÍPULO. Yo me consolaría mucho, si antes que en particular tratases de cada uno de los enemigos que nos quedan, me dijese cuáles son, por ver junta la familia y sucesión de tan maldito padre.

MAESTRO. El primero es amor de alabanza; el segundo pertinacia de propia voluntad; el tercero negligencia; el cuarto escrupulosidad; el quinto solicitud temporal; el sexto acedia ó tedio en la virtud; el séptimo gula espiritual; el último especulación.

DISCÍPULO. Verdaderamente, dijo bien el santo Job, que la vida del hombre sobre la

tierra era una perpetua milicia y contienda sin intervalos ni treguas.

MAESTRO. Común es á todos los hombres vivir en esa guerra, pero peculiar á los cristianos, y mucho más á los varones espirituales, que con su vida virtuosa y santa, y costumbres del cielo, despiertan contra sí todo el infierno. ¿Y de dónde piensas tú que tuvo principio aquella oración, no ménos piadosa que llena de fe, con que la Iglesia despide de la presente vida sus hijos, en cuyos enterramientos y cabos de año cierra sus oficios diciendo: *Requiescant in pace*? De haber considerado con Job que en este mundo no hay sino guerra, y que todas las cosas de él están llenas de peligros, de dolores y congojosas fatigas. Y es muy conforme á razón, que al que muere le digamos: « Descansa en paz », como dijo Elías del justo que muere. Y á la verdad, la paz, que, como dijo el Apóstol, es todo el bien, no se halla ni se goza sino en el Reino de Dios, á donde van á parar los que mueren en Cristo; que á sólo esos dice el Espíritu Santo que descansen de sus trabajos. En otra parte Elías dijo: « No estará allí león ni mala bestia »; entendiendo por el león, según San Jerónimo, al demonio, y por bestia mala toda la canalla infernal, que siempre nos persigue y molesta con importunas tentacio-

nes. Y si estos y los demas enemigos conjurados en nuestro daño, y que de día y de noche y á todas horas nos combaten, se hallan excluidos y desterrados de aquella pacífica morada de Sión, bien se sigue que habrá allí eterno descanso, solemnidad perpetua, perpetuo y bienaventurado sábado. No se oirán allí las importunas voces de los rigurosos sobrestantes de Faraón, ni nos desconsolará la consideración de las tareas ordinarias y de cada día, porque siempre será fiesta y día de descanso. Asentarnos hemos, como dijo un gran Profeta, en los tabernáculos ó moradas de confianza, y en un descanso opulento y rico. ¡Oh! ¿por qué no nos damos prisa á entrar en este descanso? ¿Qué hacemos aquí afuera? ¿Qué cosa hay en el mundo que no esté más llena de acíbar que de azúcar? ¿De hiel que de miel? ¿De fastidio y enfado que de gusto? En nuestra patria, dice Isaías, será mes de mes y sábado de sábado. Quiere decir: «Habrá descanso y pascua perpetua, constante y firme». Pues no desmayes, hijo Deseoso, aunque los enemigos sean aquí tantos y tan disformes, los trabajos tan continuos, la guerra tan ordinaria, pues que la fe te enseña que algún día se te ha de decir que descanses en paz.

§ VIII.

Cierto que no vino el Hijo de Dios á pregonar paz en la tierra, sino á meter en ella el cuchillo, y á publicar guerra contra los familiares y domésticos de casa. Y aun cercano á su muerte, dijo á sus discípulos: Que el que no tuviese espada, vendiese la túnica y la comprase.

DISCÍPULO. Ese es el lugar dificultoso.

MAESTRO. No lo sabes bien.

DISCÍPULO. Pues no yayas adelante sin que yo lo entienda; porque á mi juicio parece contrario, lo primero á la doctrina del Evangelio, que manda que no resistamos al mal, y que si nos hirieren en un carrillo pongamos el otro para que nos le hieran también. Y aun los Profetas, tratando del estado de paz de que había de gozar el mundo con la venida del Mesías, no hallaron cómo significar esto mejor que diciendo que las espadas se habían de convertir en arados, y las lanzas en guadañas ú hoces, que son instrumentos de labradores, con que pacíficamente trabajan y cultivan sus heredades. Parece también contrario á la razón, porque no es fortaleza acometer cuando la ventaja del enemigo es conocida. Y si sabe Cristo, como de verdad lo

sabe, que ha de venir un ejército de hombres armados á prenderle en el huerto, ¿de qué sirve mandar á sus discípulos que estén apercebidos, y que compren espadas, aunque sea vendiendo para ello las camisas ó túnicas interiores? ¿Cómo han de poder tampoco, abandonados á sí mismos, vencer á tantos?

MAESTRO. La sincerísima inteligencia de ese lugar, según el parecer de hombres muy doctos y versados en la Escritura, es dar á entender Cristo á sus discípulos la diferencia del tiempo en que ahora estaban, respecto de los pasados; que los antiguos eran de bonanza mientras las actuales de tribulación y de angustia, porque, como dijo el Sabio, tiempos hay de paz y tiempos de guerra. En un tiempo les mandó, que cuando fuesen á predicar, ni llevasen alforja, ni bolsa, ni un báculo siquiera con que herir á un perro; pero ahora les dice que se provean de lo uno y de lo otro, y que para defensa de sus personas vendan, si fuere menester, la túnica y comprén espada. Antes de la Pasión y muerte de Cristo, honraban y regalaban á los discípulos por consideración al Maestro, de tal modo, que en nada tenían que pensar tratándose de su sustento, y así lo confiesan ellos mismos cuando aseguran que no les faltó jamas. Pero crucificado en un palo y muerto Cristo, fué-

les necesario, hasta la venida del Espíritu Santo, vivir como Dios les dió á entender, y valerse de sus industrias.

DISCÍPULO. ¿Pues cómo, al decir ellos en el huerto que disponían de dos espadas, les respondió Jesús que con éstas había bastante?

MAESTRO. Porque no quiso que entendiesen materialmente lo que les decía, sino apercebirlos con aquel modo de hablar para la guerra que se les iba preparando de persecuciones y de trabajos en virtud de la muerte de Cristo y de su ausencia. De manera que, así como diciendo Isaías que las lanzas se habían de convertir en arados, significó el tiempo de paz, así Cristo quiso significar tiempo de guerra cuando dijo que se vendiesen las túnicas para comprar armas; pero ni de las lanzas se hicieron arados, ni de las túnicas espadas.

DISCÍPULO. Ese sentido más es literal que espiritual.

MAESTRO. Y ese es el que yo pretendo en la Escritura; pero tiene su espíritu, que es mostrar Cristo que cuando Él no está con los suyos, forzosamente ha de haber guerra; y que para no perecer en ésta se hace necesario vender la túnica ó camisa y comprar espada; ó lo que es lo mismo, dejar el regalo, repre-

sentado por la túnica que se allega á la carne, la calienta y abriga, y tomar la espada, que es arma trabajosa y necesita actividad. Dígame que eres soldado y que estás en tierra de enemigos, y por lo tanto no te descuides ni te entregues á los regalos y blanduras de la carne; antes, por el contrario, despreciando cuanto ésta apetece, ármate de la fe y de las Escrituras santas, que son las armas de nuestra milicia; y de este modo armado podrás salir á pelear con estos enemigos invisibles de que vamos tratando. El primero de éstos, ó sea el quinto por el orden que traíamos, el amor de alabanza y de gloria humana, desafiadero cierto para muchos que por él se han derrumbado y perdido; porque aficionados en demasía al favor de los hombres, por no perderle y ser á consecuencia de esto menospreciados y tenidos en poco, dejaron de hacer muchas cosas buenas é hicieron otras muchas malas.

§ IX.

DISCÍPULO. Pocos hallarás que no deseen agradar y complacer á los hombres, y ser de ellos alabados y engrandecidos.

MAESTRO. Méenos hay que cuando se les ofrece estos favores y alabanzas humanas hu-

yan de ellos á los montes, como huyó Cristo cuando le querían honrar con el título de Rey.

DISCÍPULO. Y San Juan rechazó enérgicamente á los judíos que querían hacerle su Mesías.

MAESTRO. De esa manera, y con igual ímpetu que el angélico Precursor sacudió de sí aquella honra, quisiera yo ver que huías de las vanidades ofrecidas por los hombres; y no como algunos que las rehusan, sí, pero como quien vierte aceite de alguna vasija, que siempre deja untada y con algún residuo ésta.

DISCÍPULO. San Jerónimo dijo que ninguna humildad había tan grande que no estuviese empequeñecida por algún poquito de vanagloria.

MAESTRO. Siempre se nos pega algo, y por eso huye Cristo, y yo quisiera apartarme todo lo posible de ella, y en la actualidad de hablar más de esta materia; porque viene la pertinacia, jayán disforme, en busca de nosotros, y conviene salirle al encuentro, porque sus daños son irremediables.

DISCÍPULO. ¿Por qué se llama pertinacia, y cómo obra ese enemigo en nuestra alma?